

¿EXISTIÓ UNA «ESTRATEGIA DE LA TENSION» EN ESPAÑA?»²

Xavier Casals Meseguer
Universidad de Barcelona

Este artículo analiza hasta qué punto existió una «estrategia de la tensión» promovida desde ámbitos de ultraderecha durante el proceso de democratización en España (1975-1982), cuando colectivos de este espectro ideológico —al igual que de su antagónico, la extrema izquierda— fueron pródigos en acciones violentas.³ Estas se han explicado aludiendo a difusas *tramas negras*, cuya historia «discurre a través de los sumideros del aparato de Estado y las bandas parapoliciales».³ Tal percepción se popularizó en los años setenta, al proliferar comandos violentos, como los Guerrilleros de Cristo Rey [GCR], el Partido Español Nacional Socialista [PENS], el Movimiento Social Español [MSE], los Grupos de Acción Sindicalista [GAS] o la Triple A o Alianza Apostólica Anticomunista [AAA].⁴ Estos grupos fueron percibidos por la oposición del régimen como una represión extraoficial y a algunos se les vinculó entonces con el desarrollo de una «estrategia de la tensión» como la que ocurrió en Italia entre 1969 y 1984.

En esa época sucedieron episodios violentos de los que se considera que sus autores pretendían crear situaciones críticas (supuesto reflejo de un vacío de poder) que inclinaran a sectores políticos, sociales y económicos a presionar a las Fuerzas Armadas para «reconducir» el país. Fueron organizaciones neofascistas extraparlamentarias las que tuvieron un rol primordial en la gestación de estos hechos, especialmente Avanguardia Nazionale [AN] y Ordine Nuovo [ON].⁵ Para el historiador José Luis Rodríguez

Jiménez tal estrategia se desarrolló en la España postfranquista «protagonizada por los principales representantes de los partidos y organizaciones de extrema derecha, círculos militares vinculados a estas formaciones y órganos de prensa propiedad de estos mismos grupos (*El Alcázar, Fuerza Nueva, Reconquista*) [...] con el ánimo de impulsar al Ejército a adoptar una posición favorable al golpe de Estado».⁶ Esta tesis ha sido ampliamente aceptada,⁷ aunque otro historiador, Ferran Gallego, ha subrayado que en España sólo teorizaron sobre tal estrategia «quienes habían conectado con terroristas italianos procedentes [...] de Avanguardia Nazionale y Ordine Nuovo».⁸ *Ello apunta a una cuestión central del terrorismo dominante en la ultraderecha: éste no sólo careció de teorizaciones sobre su estrategia, sino también de estrategia.*

Si observamos la prensa y las declaraciones de los líderes de la extrema derecha española de la Transición, el afán de instigar un golpe militar apelando al desgobierno es indiscutible. Pero la violencia desatada desde este sector político no lo favoreció (pues contrarrestó el impacto del terrorismo de la ultrazquierda) y acabó criminalizando al que fue su partido hegemónico, Fuerza Nueva [FN]. Esta formación tuvo sus inicios en 1966 como sello editor de la revista *Fuerza Nueva* y lo promovió un notario que representó el franquismo más intransigente, Blas Piñar. En 1977 se constituyó como partido y fracasó en las elecciones generales de ese año (la coalición que lideró obtuvo 67.336 votos; el

0.3% del total), si bien en las de 1979 obtuvo 378.964 votos (2.1%) y un escaño para Piñar. Pese a que FN quiso encarnar el «partido del orden» fue percibido en gran medida como el del «desorden» por la violencia que emanó de sus aldeaños. Apeló a la intervención de los militares para contener la consolidación de la democracia,⁹ en un discurso que galvanizó a sus seguidores más agresivos: sus juventudes encuadradas en Fuerza Joven [FJ].

El clima que éstas respiraron lo describió así Ricardo Sáenz de Ynestrillas (significado dirigente ultraderechista en los años noventa): «Me sentía importante, parte de un proyecto maravilloso, miembro de una especie de ejército». ¹⁰ En general, sus miembros creyeron vivir un ambiente prebélico: «lo único que nos unía era el odio visceral hacia la joven democracia y la certeza, casi absoluta, de que en breve estallaría una nueva guerra civil en España, en la que tomaríamos parte como soldados del nuevo Ejército nacional», explicó otro ex militante. ¹¹ El resultado fue que en FN —y en el grueso de la ultraderecha— se conformó un entorno sensible a la acción directa y circularon numerosas armas, como demostró el acto celebrado por FN el 21 de mayo de 1978 en el frontón de Anoeta (San Sebastián). Entonces supuestos independentistas vascos dispararon a los congregados, que respondieron a tiros, iniciando una batalla campal. ¹² Pero FN —en una actuación contradictoria— no avaló a sus seguidores violentos, sino que guardó distancias de ellos, como expuso un ex miembro del partido: «apalear rojos no era mal visto, pero ser detenido por ello sí. En Fuerza Nueva un militante podía [...] pasar de ser el hijo de la secretaria personal del Jefe Nacional, un chico al que el Jefe podía conocer y conocía desde niño, a ser un virtual desconocido en el tiempo exacto que tardaba un policía en tomarle las huellas digitales». ¹³

Igualmente, las acciones de comandos ultraderechistas generaron una represión sobre sus organizaciones que, en general, supuso su desarticulación sin obtener contrapartida alguna.

El caso de Barcelona es diáfano: la bomba que estalló en la sede de la revista *El Popus* el 20 de septiembre de 1977 y dejó un muerto y más de 15 heridos marcó el fin del grupo de choque más consistente de la ciudad, Juventud Española en Pie [JEP]. ¹⁴ Asimismo, el lanzamiento de un cóctel molotov contra la sede de Unión de Centro Democrático [UCD] el 18 de junio de 1980, durante una manifestación ilegal organizada por el Frente de la Juventud [FJ] —una escisión de FN—, comportó la persecución del grupo y le dejó sin apenas capacidad operativa. ¹⁵ A ello hay que añadir que la extrema derecha —como señaló Rodolfo Martín Villa (ministro de Interior entre 1976 y 1979)— «nunca llegó a contar con una verdadera organización [terrorista] estable, ni con una presencia continuada», si bien fue capaz de «provocar situaciones graves». ¹⁶

El terrorismo ultraderechista, pues, aportó nulos réditos a quienes lo practicaron y sólo en ocasiones escasas reveló un uso táctico de la violencia. De este modo, las exhortaciones continuadas al Ejército a protagonizar un golpe de Estado no conocieron estrategias violentas que lo favorecieran. Ello se hace evidente al analizar cómo el terrorismo de la extrema derecha se caracterizó por tres dinámicas a menudo entrecruzadas: iniciativas espontáneas que designamos como «espontaneísmo armado»; actos instigados por individuos con conexiones con círculos de la seguridad del Estado; y episodios con un uso planificado de la misma. Si las dos primeras fueron dominantes, la tercera devino excepcional y todas fracasaron políticamente siempre. Así, José Miguel Ortí Bordás —quien fue subsecretario de Interior entre 1976 y 1977— afirma categórico que «la violencia de la ultraderecha no puso en peligro el proceso de democratización en ningún momento». ¹⁷

El «espontaneísmo armado»

La mayoría de comandos de ultraderecha parecen haberse caracterizado por actuar de modo espontáneo y tener conexiones opacas



con cuerpos de seguridad. Ello fue visible tanto en acciones de grupos autónomos como en las de otros relativamente organizados, como los GCR promovidos por Mariano Sánchez Covisa, que contaron con armas de la Guardia Civil y «gente que les ayudaba y estimulaba en la Policía, la Policía Armada, el Ejército, la Marina y el SECED [Servicio Central de Documentación]». ¹⁸ Fueron emblemáticos de este espontaneísmo armado dos crímenes (por citar algunos). Uno fue el protagonizado por los «bateadores del Retiro»: en septiembre de 1979 un grupo de neofascistas mató a golpes de bates de béisbol a un joven en el parque del Retiro por su aspecto izquierdista. ¹⁹ El otro fue el homicidio de Yolanda González, cometido en febrero de 1980.

González militaba en el extraparlamentario Partido Socialista de los Trabajadores [PST] y la asesinaron dos miembros de FN, Emilio Hellín e Ignacio Abad. Afirmaron que la joven pertenecía a ETA y reivindicaron su crimen en nombre del Batallón Vasco Español [BVE].

Investigados los homicidas, emergieron conexiones policiales del primero, que dirigía una academia de informática donde se halló un pequeño arsenal. ²⁰ Piñar las explicó así: «Hice averiguaciones. Se me dijo que la Academia [...] de Informática tenía relaciones con los servicios policiales. Por eso [...] conseguí una entrevista con el Juez instructor, Ricardo Varón Cobos. [...] Me confirmó las conexiones oficiales de Hellín. Tenía carnés, me dijo, de varias agrupaciones políticas y sindicales». ²¹ El general de la Guardia Civil, José Antonio Sáenz de Santa María, incluso afirmó que «la sospecha de que en el asesinato [de García] participó algún miembro de la policía nunca quedó despejada por completo». ²² Pero los vínculos de Hellín no supondrían un «crimen de Estado», pues ex militantes de FN señalaron que éste habría querido seducir a su víctima haciéndose pasar por miembro de ETA y al fracasar tuvo lugar el asesinato. Entonces habría implicado al jefe de seguridad de FN, David Martínez Loza, para politizar la muerte. ²³

¿«Estrategia de la tensión» o quizá «equilibrio del terror»?

La segunda dinámica de violencia parece haber estado marcada por confusas relaciones entre miembros de cuerpos de seguridad y ultraderechistas. Los orígenes de las mismas remitían a finales de los años sesenta, cuando en 1968 se creó el ya citado SECED, dependiente de la Presidencia del Gobierno, para «evitar que la subversión en los medios universitarios colocara al régimen en una situación similar a la que el mayo francés situó a De Gaulle».²⁴ Su director inicial fue el coronel José Ignacio San Martín (posteriormente condenado por el golpe de Estado de febrero de 1981) y dependió del almirante Luis Carrero Blanco. La entidad creó la Asociación Nacional de Universitarios Españoles [ANUE] para influir en el mundo estudiantil (tras desechar el recurso instrumental a los GCR por su brutalidad)²⁵ e instrumentalizó a grupos ultraderechistas: los utilizó como fuerza de choque contra la oposición antifranquista y, a la vez, les asoció a un vandalismo político censurable.²⁶ FN originalmente facilitó colaboradores al SECED, como Piñar explicó en 1997:

Brindé al entonces teniente coronel San Martín, y al Servicio, toda la ayuda que me pidieron [...]. Pude advertir que la incorporación al mencionado Servicio iba desvinculando a algunos de nuestros jóvenes de su participación activa y asidua a nuestro Movimiento. Al diseñarse, todavía en la época de Franco, el esquema de la Reforma política, parte de estos jóvenes lo abandonaron. Otros debieron incorporarse plenamente a los cuadros del Servicio, aunque ya [...] desvinculados de nosotros. Algunos de los problemas que tuvimos [como partido] pudieron obedecer a este juego hábil. Era muy cómodo eludir responsabilidades, facilitando imputaciones.²⁷

Los sucesos de Montejurra en mayo de 1976 y la llamada «Semana Trágica» de enero de 1977 fueron los dos episodios violentos de la ultraderecha con mayor relevancia que reflejaron tales

conexiones y que, además, ofrecen una lectura clara de un impacto político opuesto al que les atribuye la estrategia de la tensión, pues reafirmaron el cambio político en lugar de frenarlo: si los hechos de Montejurra neutralizaron al carlismo como opción política cuando la monarquía de Juan Carlos I se asentaba, el crimen de Atocha precipitó la legalización del Partido Comunista de España [PCE].

Montejurra 1976: el fracaso de la «operación Reconquista»

El 9 de mayo de 1976 se celebró la primera concentración carlista en Montejurra tras la muerte de Franco. En la explanada de ese monte se halla el monasterio de Iratxe, referencia tradicionalista desde 1835 al luchar allí tropas carlistas y gubernamentales. Este encuentro anual del movimiento carlista se instauró en 1954, al inaugurarse un Vía Crucis en memoria de los Requetés que lucharon en la Guerra Civil. Desde los años sesenta, los discursos pronunciados en la cima del monte servían «de termómetro para medir la influencia del ala «progresista» del carlismo»,²⁸ mayoritaria. La dirigía Carlos-Hugo de Borbón-Parma y se agrupaba en torno al Partido Carlista [PC] (integrado en la Junta Democrática), que reivindicaba un sistema democrático, federal y socialista autogestionario. Pero en la cita de 1976 sus miembros se vieron confrontados a un contingente carlista que se consideraba depositario de la ortodoxia (a sus ojos traicionada por el PC), apoyado por numerosos ultraderechistas españoles y extranjeros y que lideraba el hermano menor de Carlos-Hugo, Sixto-Enrique. Este último tenía simpatías hacia el neofascismo y los regímenes militares, desde «los salazaristas en la guerra de Angola, al Chile de Pinochet y a la Junta fascista argentina».²⁹

En la explanada de Iratxe se hallaron frente a frente ambos grupos y un seguidor del PC, Aniano Jiménez, fue herido y murió días más

tarde por el disparo de un comandante de infantería retirado, José Luis Marín García-Verde, de las filas *sixtinas*. Entonces una dotación de la Guardia Civil se interpuso entre ambos sectores (lo que aquel día fue un gesto excepcional) y la comitiva del PC inició su ascenso a la cumbre para celebrar la eucaristía habitual, uniéndose a Carlos-Hugo. Pero la cima la ocupaba Sixto-Enrique y un grupo armado, que impidieron el acceso: sonaron nuevos disparos y murió otro *carlohugista*, Ricardo García Pellejero. Cuando los *sixtinos* abandonaron la cima, la jornada dejó unos 30 heridos y dos muertos. Fue el primer episodio de violencia ultraderechista en España que se saldó con muertes.

Posteriormente trascendió que la presencia de extremistas armados fue organizada desde altas esferas, siendo designada como «Operación Reconquista». En el año 2003 Sáenz de Santa María —testigo directo de su gestión— explicó que los promotores del caudillaje carlista de Sixto-Enrique (entre los cuales destacaba el presidente del Consejo de Estado, Antonio M.^a de Oriol y Urquijo) «deseaban institucionalizar su condición de liderazgo» en el seno del carlismo y vieron posible hacerlo en Montejurra con apoyo de la Guardia Civil, dada la afinidad con el carlismo integrista de su director general, Ángel Campano, y su subdirector, Salvador Bujanda. Se puso así en marcha una maniobra con dos objetivos: emplazar a Sixto-Enrique «como único representante [...] del movimiento carlista» y «situar su opción política en posición de influir [...] en las decisiones más importantes». ³⁰ Tal proyecto habría contado, según Sáenz, con «las bendiciones de Arias [Navarro], Fraga y [...] el general Juan Valverde, director del SECED». ³¹ Esta entidad incluso habría pagado dietas a un colectivo neofascista internacional, con activistas italianos que incluía a Stefano della Chiaie (líder de AN), de la Triple A argentina, de la francesa Organisation de l'Armée Secrète [OAS] y exagentes de la portuguesa Policía Internacional e de Defesa Do Estado [PIDE]. ³²

El plan fracasó en toda regla: los *sixtinos* fueron menos de 1.500 (se esperaba a 10.000) ³³ y no se afirmó el liderazgo de Sixto-Enrique. De hecho, el resultado de la concentración sorprendió a todos: el PC no afianzó su presencia y el bando *sixtino* nada pudo capitalizar. Sus activistas (que «pudieron darse de tiros por un Príncipe cuya existencia no conocían una semana antes») ³⁴ tuvieron claro que fueron instrumentalizados. ³⁵ Uno de sus significados organizadores, José Arturo Márquez de Prado, manifestó que el encuentro «fue un complot, una encerrona. No sé de quién. [...] desde el Movimiento [...] se nos ofreció dinero para ir a Montejurra [...]. Las intenciones eran simplemente hacer un acto carlista. Lo que pasó fue sorprendente para todos los que interveníamos». ³⁶ Fue imposible profundizar en los entresijos oficiales de la fallida operación: tras conocerse que el juez de Estella dictó una orden de búsqueda y captura contra Sixto-Enrique, el Gobierno le expulsó del país y la policía le acompañó al aeropuerto de Barajas sin interrogarle; los condenados por el asesinato de *carlohugistas* se acogieron a medidas de amnistía posteriores; finalmente, se extraviaron en los archivos judiciales los once volúmenes del sumario (1847/76). *En relación a nuestra hipótesis, Montejurra demostró por primera vez cómo la violencia empleada por la extrema derecha buscando un gran impacto político podía tener efectos opuestos a los que pretendía.*

Pese a ello, el episodio fue un jalón del terrorismo parapolicial, ya que según Sáenz de Santa María «propició el recurso a la contratación de pistoleros de fuera para realizar trabajos contratados al margen de la ley» y «empezaron a aparecer [...] como ejecutores al servicio de diferentes amos, de la guerra secreta contra los terroristas». Concluyendo que «fue a partir de Montejurra cuando, primero, a través del CESED, y luego de las avanzadillas policiales [¿?] se empezó a contratar a mercenarios para labores de información y de otro tipo [¿?]». ³⁷

La «Semana trágica» de 1977: una violencia niveladora

Este efecto contraproducente de la violencia de la extrema derecha se manifestó igualmente en un momento decisivo de la Transición: el iniciado el 23 de diciembre de 1976 con el secuestro del mencionado Antonio M.^a Oriol y Urquijo por los maoístas Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre [GRAPO] y que se cerró la última semana de enero de 1977, abundante en crímenes. Así, el 23 de enero un comando de extrema derecha hizo acto de presencia en una manifestación pro-amnistía en Madrid y mató al estudiante Arturo Ruiz cuando los asistentes huían de una carga policial. El crimen —antesala de una escalada brutal de violencia— lo reivindicó la Triple A. Al día siguiente, los GRAPO secuestraron al teniente general Emilio Villaescusa (presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar), que devino su segundo rehén, junto a Oriol. La misma jornada, la estudiante María Luz Nájera falleció por el impacto de un bote de humo lanzado por la policía en una manifestación de protesta por la muerte de Ruiz, también en Madrid. La tarde de aquella jornada varios abogados laboristas de filiación comunista fueron masacrados en su despacho de la calle Atocha (murieron cinco), acto reivindicado en nombre del comando Roberto Hugo Sosa de la Triple A.³⁸

Este crimen fue perpetrado cuando el país se hallaba al borde de la involución política debido a los secuestros del GRAPO. En tal contexto, el entierro de las víctimas devino una prueba de fuego para el PCE, que hizo una cuidada exhibición de fuerza: sus seguidores y miles de ciudadanos solidarios con las víctimas (unas 200.000 personas) ocuparon las calles en silencio y disciplina, lo que comportó el fin de su ilegalidad. Para Martín Villa, el entierro «hizo que el PCE se ganara la respetabilidad por parte de muchos y en buena medida, también la legalización en unos meses». ³⁹ De ese modo, el crimen tuvo un resultado opuesto al que querían sus autores,

pues contribuyó «a desarmar muchas resistencias respecto a los comunistas por su impacto emotivo». ⁴⁰

Si ahora nos centramos en la supuesta organización que asesinó a Ruiz y a los abogados de Atocha, la Triple A, observamos que ésta careció de entidad real y su nombre fue empleado por grupos autónomos. ⁴¹ También constatamos que los móviles de los asesinatos reivindicados en su nombre no parecen ser tan claros como aparentan. Veamos en primer lugar el asesinato de Ruiz, que el periodista Mariano Sánchez Soler describe así: «[El ultraderechista] Jorge Cesarsky [...] sacó una pistola del bolsillo y disparó varias veces al aire. [...] su camarada [José Ignacio] Fernández Guaza, colaborador de los Servicios de Información de la Guardia Civil, le pidió la pistola y disparó varias veces, a bulto, contra los manifestantes que huían. [...] De ellos, Arturo Ruiz [...] no se levantaría jamás». ⁴² Cesarsky fue detenido, acusado de un delito de terrorismo (no de asesinato) y tenencia ilícita de armas, mientras Fernández Guaza huyó al extranjero. Para el tema que nos ocupa, tres circunstancias del crimen llaman la atención.

La primera es la incoherencia de Cesarsky (señalado en la época como confidente policial) al afirmar que acudió al lugar de autos porque Sánchez Covisa —el promotor de los GCR— le informó que durante la manifestación allí convocada un «grupo de guerrilla urbana» «iba a atacar a la policía» al margen de la misma y «aquél día [las fuerzas de orden] tenía orden de no actuar». Por este motivo Cesarsky alegó que acudió armado y afirmó que disparó al aire al querer disolver a un grupo que iba a lapidar a una persona que yacía en el suelo. ⁴³ Esta explicación sobre su conducta no tiene lógica: primero por dar crédito a Sánchez Covisa al explicarle éste que un comando guerrillero actuaría contra una policía que había recibido órdenes de no defenderse, algo inverosímil a todas luces. Tal versión de los hechos la ofreció en un programa de televisión en 1997, cuando —en apariencia— nada le obligaba a volver sobre

los mismos. La segunda circunstancia relevante del crimen es que su acompañante Fernández Guaza era militante de FN y colaborador de los servicios de información (habría estado vinculado a Antiterrorismo ETA [ATE] e integrado las huestes *sixtinas* en Montejurra)⁴⁴ y el día que mató a Ruiz se identificó como GCR. La tercera y última circunstancia fue que, según Ernesto Milá (destacado ideólogo y activista de la ultraderecha), Sánchez Covisa citó al líder de AN, Stefano della Chiaie (exiliado en España)⁴⁵ «a la misma hora y en el mismo lugar» en el que fue asesinado Ruiz. El neofascista italiano «llegó a la zona del enfrentamiento en metro; al salir por las escaleras y percibir el disturbio volvió a entrar en el metro sin que nadie [...] lo viera».⁴⁶ De lo expuesto, se desprende que la muerte de Ruiz podría haber sido algo más complejo que un aparente acto espontáneo. Los móviles que podrían haber impulsado a Cesarsky a acudir armado al lugar, a Fernández Guaza a disparar y a Sánchez Covisa a convocar a éstos y simultáneamente a Della Chiaie dejan entrever una eventual maniobra para instigar una alteración del orden de gran proyección política, especialmente al involucrar a uno de los neofascistas italianos más buscados en su país.⁴⁷ En caso de ser así, no queda clara su finalidad: ¿Se pretendió contrarrestar el impacto de la actuación terrorista de los GRAPO desde determinados ámbitos —imposibles de identificar— con otra protagonizada por ultraderechistas?

Lo mismo sucede con el asesinato de Atocha: su impacto cortocircuitó el del secuestro del general Villaescusa aquella misma jornada, pues si un sector de la cúpula militar se pudo plantear entonces tomar el poder como respuesta a la violencia del GRAPO, este baño de sangre y la gran movilización pública que comportó demostraron que el terrorismo no era unidireccional y que no faltaría una eventual respuesta en la calle ante un golpe de Estado. Como en el caso anterior, los orígenes del crimen también plantean un interrogante no sobre su autoría, claramente establecida, sino sobre sus eventuales móviles. Vayamos al origen de los hechos.

El 17 de enero se inició una huelga del transporte cuyo líder era Joaquín Navarro, de Comisiones Obreras [CCOO]. La noche del día 24, Navarro salió del despacho de Atocha y poco después entraron en él José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada y —constatada la ausencia de Navarro— dispararon contra las nueve personas presentes, causando cinco muertes. Las investigaciones demostraron los vínculos de los asesinos con un miembro del Sindicato Provincial de Transportes, Francisco Albadalejo, considerado instigador de la tragedia al recurrir al terceto mencionado para que escarmentaran a Navarro. Luego manifestó que no esperaba una reacción tan desmedida.⁴⁸ En el juicio afloraron relaciones de los procesados con FN (la madre de Lerdo de Tejada era secretaria de Piñar) y Falange Española de las JONS; con los policías Antonio González Pacheco (conocido como «Billy el niño») y José Luis González Gay; así como militares. Se comprobó, asimismo, que las balas empleadas procedían del Ejército y estaban manipuladas para hacer más daño.⁴⁹ Pero, pese a que el asesinato fue una aparente manifestación espontánea de un sindicalismo vertical agónico, medios de ultraderecha han insistido en que éste fue instigado desde círculos «paraoficiales». Piñar hizo estas declaraciones significativas:

Nunca he negado que [en el crimen] estaban implicadas personas que habían frecuentado esta casa [FN], pero que se habían separado hacia bastante tiempo. Entre otras cosas porque los servicios de información (y de acción, como se ve) buscaron gente en esta casa. Personas que, entre defender el ideal que nosotros defendíamos aquí o hacerlo en los servicios paralelos del oficialismo, optaron por lo último. Es absolutamente cierta la conexión de algunos de ellos con nosotros antes de la época del partido. A partir de entonces unos se quedaron y otros se marcharon... y así terminaron ellos, claro.⁵⁰

Della Chiaie, por su parte, insistió en que el policía González Pacheco pudo tener un papel relevante en el episodio.⁵¹ Este inspector era un

EXPEDIENTE

agente eficiente del comisario Roberto Conesa, cuyo equipo entonces investigó y resolvió con éxito los secuestros del GRAPO.⁵² Milá —próximo al líder neofascista italiano— ha afirmado que «en Madrid, los grupos ultras practicaban el compadreo con los medios policiales y muchos estaban convencidos de que contaban con la cobertura, la complicidad o la afinidad de muchos policías», describiendo en estos términos el ambiente que imperaba en ellos la vigilia de la masacre:

En las semanas anteriores [al crimen] algunos funcionarios policiales (de los que solamente ha salido a la superficie el nombre de González Pacheco, pero que [...] superaban la docena) recorrieron sistemáticamente los centros de reunión de la ultraderecha enarbolando el mismo discurso ante un público no siempre predispuesto a escucharlos: «sois unos mierdas, pandilla de cobardes; [...] tenéis que hacer algo o acabarán con todos». Y se referían a los comunistas: explícitamente estaban sugiriendo que había que darles «una lección». Visitas de éstas, decenas de veces repetidas, en los lugares de reunión ultras [...] tuvieron finalmente

como efecto el que un grupo de exaltados terminó llamando a la puerta del despacho de Atocha para dar 'una lección a los comunistas'.⁵³

Aunque estos testimonios merezcan escasa credibilidad por su ideología y militancia (implican un explícito *parti pris* que tiende a exculpar a los asesinos), apuntan un problema de fondo: ¿Obedecieron los asesinatos mencionados a una eventual estrategia de la tensión o a un hipotético equilibrio del terror? ¿Se intentó neutralizar la violencia de la ultraizquierda con la de la ultraderecha desde eventuales ámbitos de servicios de información para mantener estable una situación cada vez más inestable? Según Della Chiaie, la matanza de Atocha creó una suerte de equilibrio de terror: «Lo que nosotros hemos visto en los hechos de Atocha ha sido una acción de «equilibrio», promovida por el sistema, en un momento en que la violencia procedía sólo de [...] la izquierda. Por eso, el acto de Atocha servía y sirvió para equilibrar los opuestos extremismos». ⁵⁴ En todo caso —y dejando al margen visiones conspirativas— es

The collage consists of three distinct parts:

- Top Left:** The cover of the magazine 'yo', featuring a large, stylized white 'yo' on a black background. Below the title, it reads 'Madrid, miércoles 26 de enero de 1977'.
- Top Right:** An advertisement for 'Academia DOVI' with the heading 'INGRESO EN LA UNIVERSIDAD MAYORES 25 AÑOS'. It lists various university courses like 'COMPLUTENSE', 'AUTÓNOMA', and 'POLITÉCNICA', and mentions 'GRADUADO ESCOLAR' and 'OPCIONES PROFESORADO E. G. B.'.
- Bottom:** A newspaper article titled 'ACCION CRIMINAL'. The article discusses the Atocha massacre and mentions several lawyers: 'Los abogados... Romero, Díez, Valdeira y el abogad del irregular don Angel...'. Below the text are six black and white portraits of men, each with a caption:
 - Don Enrique Valdeira, muerto
 - Don Luis Javier Benavides, muerto
 - Don Javier Saucido, muerto
 - Don Luis Ramon, extremadamente grave
 - Don Alejandro Ruiz, muerto, herido
 - Dña Dolora González Ruiz, herida (esposa de don Javier Saucido)

indudable que Atocha neutralizó el impacto público del terrorismo de los GRAPO, como remarca Ortí Bordás:

No cabe duda de que, en cierto modo, el indudable y poderoso impacto político provocado por los asesinatos de los abogados laboristas de Atocha contrarrestó a efectos de opinión pública tanto los secuestros de Oriol y de Villaescusa como, no se olvide, los propios asesinatos de los GRAPO. Tampoco parece descabellado poder afirmar que este fenómeno permitió una especie de neutralización entre ambas actuaciones delictivas. Ahora bien, quizás resulte digno de resaltar que los asesinatos de Atocha y todo lo que les siguió, fundamentalmente el entierro de las víctimas, cambiaron el modo de ver a los comunistas del Gobierno y aceleraron la posterior legalización del PCE.⁵⁵

Es innegable también que el homicidio actuó contra los intereses de la ultraderecha y dio al traste con la estrategia de la tensión que aparentemente promovían sus líderes y prensa. Ferran Gallego lo ha destacado en estos términos:

La principal de las condiciones necesarias para que una estrategia de la tensión funcione —que un sector significativo de la población reconozca el riesgo [de asaltar un proceso de reforma] aunque puede condenar los métodos— pasó a convertirse en la condena de los objetivos y de los métodos al mismo tiempo, considerando que la catástrofe nacional tras la que se escudaban los «patriotas» era inexistente y que su coincidencia con los actos violentos provocados por los GRAPO sólo podía llamar al levantamiento de sospechas.⁵⁶

Y mientras los medios de comunicación consideraron a los GRAPO como un grupo al servicio de oscuros intereses y dudosa filiación izquierdista,⁵⁷ no albergaron dudas sobre la existencia de la evanescente Triple A. Pío Moa, ex miembro de los GRAPO, señaló que la prensa les retrató «como secta extraña y desconocida, instrumento de intereses no menos extraños y desconocidos».⁵⁸

La violencia estratégica: el frentismo

El recurso táctico y estratégico de la violencia por parte de la extrema derecha fue muy limitado y adscrito a círculos activistas influidos por Della Chiaie y los neofascistas exiliados en España que —como analizamos a continuación— se advirtió en la actuación de dos grupos: el Frente Nacional de la Juventud [FNJ] —constituido en Barcelona en 1977 como resultado de una escisión de FN— y el Frente de la Juventud [FJ], creado en Madrid en 1978 por otra escisión.⁵⁹

Las tesis del líder neofascista italiano empezaron a difundirse en 1976, cuando jóvenes de Barcelona, Valencia y Madrid constataron la escasa asistencia a la concentración del 20 de noviembre [20-N] en la madrileña plaza de Oriente y apostaron por una estrategia formulada por Della Chiaie de «fractura vertical dentro del sistema». Ésta pretendía evitar espacios de convergencia entre la clase política franquista y la oposición al «poner de manifiesto las contradicciones entre ambos bloques ensanchando la brecha [...] entre ellos» y «propinar al espectro político un corte vertical y definitorio de las posiciones que no aplace más un enfrentamiento que debe producirse».⁶⁰ Para conseguirlo, Fuerza Nueva debía ser el eje vertebrador de la ultraderecha, se debían radicalizar todas las opciones políticas e instrumentalizar la violencia que —según este análisis— generarían las tensiones políticas durante el proceso de democratización. Trataba así de combinar el campo político y el filogolpista, siendo el *putsch* contra el gobierno de Salvador Allende en 1973 el referente más próximo. Con ánimo de implementar tal estrategia, los jóvenes de extrema derecha citados se sumaron a FN, pero fueron expulsados del partido por distintos motivos.⁶¹

La creación del Frente Nacional de la Juventud barcelonés en 1977, según Milá (su secretario general), respondió a esta misma necesidad estratégica: «debía existir un partido —F/N— y una vanguardia más radicalizada, más militante, más activista y callejera, que no pusiera en peligro la

imagen del partido, que actuara autónomamente y a su aire». FN no asumió esta premisa y «siguió siendo un híbrido parlamentario-extraparlamentario, confuso y caótico, que no satisfacía más que a sus militantes y sus cuadros». ⁶² En este panorama, el FNJ desplegó una propaganda innovadora que combinó con un remarcable activismo y le convirtió en el grupo español más homologable al neofascismo extraparlamentario europeo. Pero sus divisiones ideológicas internas determinaron su crisis a inicios de 1979. ⁶³

Entonces parte de su militancia convergió con el Frente de la Juventud [FJ] madrileño, otra escisión de Fuerza Nueva. Esta organización fue presidida por José de las Heras, su vicepresidente fue Milá y su secretario general Ignacio González. A diferencia del FNJ barcelonés, el FJ constituyó sobre todo una formación de choque: se financió con atracos y ejercitó a sus militantes en las armas (cuando acababan un cursillo de formación, recibían un revolver). Desarrolló un activismo desbordante que experimentó un salto cualitativo cuando uno de sus miembros asesinó al joven comunista Andrés García en abril de 1979. Tal actuación del FJ le situó en la frontera del terrorismo político y un ex militante definió así la función del grupo: «el Frente siguió la tradición de la *Falange* de preguerra y se autoasignó el mismo papel que aquel partido había tenido cuarenta años antes. Como entonces, el Frente se veía como un elemento detonador que, al transformar cada acto funerario militar, cada reunión patriótica en una algarada, aproximaba un poco más a las fuerzas sanas que imaginábamos que existían aún en el ejército, a un alzamiento no del todo distinto al de 1936». ⁶⁴ En este aspecto, el FNJ y el FJ no constituyeron experiencias separadas, sino que el primero habría sido «el laboratorio ideológico de la actividad *insurreccional*» del segundo. ⁶⁵ Duros golpes policiales asestados al FJ acabaron desmantelándolo, primero —como hemos mencionado— en Barcelona, en junio de 1980, ⁶⁶ y luego en Madrid, entre diciembre de 1980 y enero de 1981.

Sin embargo, el FJ podría haber sido la única formación de la ultraderecha que contribuyó a materializar un golpe de Estado. Según afirmó Milá, en septiembre de 1980 un suboficial del entorno del teniente coronel Antonio Tejero contactó con el FJ para que el grupo participara en su complot involucionista. Aceptada la propuesta, un miembro del FJ y un militar involucionista se reunieron periódicamente para planear el golpe, cuya ejecución se concretó el 17 de febrero de 1981. Ese día entrarían en el Congreso 40 militantes del FJ encapuchados y vestidos con ropa paramilitar para encarnar a terroristas de filiación indefinida (¿ETA? ¿GRAPO?). Debían disparar al aire ráfagas de ametralladora para intimidar a los diputados y ofrecer un pretexto que allanara la intervención de unas Fuerzas Armadas que restaurarían el orden y rescatarían a los parlamentarios. Los miembros del FJ dejarían el lugar a cambio de que se les facilitara huir en avión a Santiago de Chile. Pero la desarticulación de la cúpula *frentista* y la detención de numerosos integrantes del grupo entre diciembre de 1980 y enero de 1981 neutralizaron el hipotético dispositivo golpista. ⁶⁷

Milá, su vicepresidente, estaba exiliado en Francia desde junio de 1980 acusado de participar en la manifestación de Barcelona que culminó con el citado ataque a la sede de la UCD. Mantuvo contactos con la dirección del FJ hasta el 3 de octubre, cuando un atentado mortífero en la sinagoga parisina de la calle Copérnico le obligó a huir del país al ser implicado —de modo infundado— en el atentado. A su ausencia, en diciembre se añadió el extraño asesinato del secretario general del FJ, González: la noche del 11 al 12 de diciembre del mismo 1980 fue acribillado en el portal de su domicilio. ⁶⁸ El homicidio no fue reivindicado ni se aclaró, circulando entre los ex militantes del FJ el rumor de que fue un «crimen de Estado» para silenciar informaciones comprometidas que el difunto conocía. Por último, a fines de enero de 1981 una redada policial comportó varias detenciones de *frentistas* y recuperó 30 armas y 200 kilos de

munición. Exiliado el vicepresidente, asesinado el secretario general y detenido el presidente, el FJ quedó desarticulado. No obstante, conoció una segunda etapa de actividad hasta abril de 1982 que comportó multas y detenciones y llevó a sus seguidores a disolverlo.

¿Pudo ser real la trama civil golpista del FJ? La existencia de la misma sólo la defendió Milá, mientras miembros de la organización la consideran una fantasía y la bibliografía sobre el 23-F la soslaya con una solvente excepción.⁶⁹ Sin embargo, dos hechos le confieren visos de realidad. Uno es la compra de autobuses de segunda mano y ropa militar en el Rastro por parte de Tejero, pues nunca ha quedado clara la necesidad que los golpistas tenían de ellos, dado que el 23-F acudieron al Congreso con uniformes y vehículos de la Guardia Civil.⁷⁰ El otro es el homicidio de Ignacio González no esclarecido, que descabezó al FJ.

A modo de balance, la violencia del FNJ y del FJ constituyó un camino a ninguna parte, pues para influir en una supuesta estrategia de la tensión, Fuerza Nueva debía desempeñar un rol en la misma, lo que no sucedió. Es más, Piñar no entendió ambas escisiones: «No me atrevo a valorar la actuación de ambos colectivos. Quiero suponer que su intención fue buena, aunque a mí me apenase cierto vocabulario y determinadas reacciones, a las que nunca respondí, y que en el orden personal, he superado», afirmó.⁷¹ En suma, la violencia *frentista* fue la única que pretendió favorecer la involución en términos tácticos y estratégicos, pero faltó un gran partido que la capitalizara, por lo que quedó reducida a un radicalismo estridente. Un ex militante del FJ resumió así su experiencia: «Hicimos mucha gimnasia revolucionaria sin que la revolución llegara nunca».⁷²

Conclusiones: mito y realidad de la «estrategia de la tensión»

La violencia de la extrema derecha dañó notablemente a este sector político.⁷³ Sus eje-

cutores mostraron a menudo personajes emocionalmente desequilibrados, fascinados por el militarismo y de formación ideológica limitada, que recurrieron al terrorismo sin valorar costes y beneficios. Además, la «vía armada» estuvo disociada de la «vía electoral», como se demostró en las elecciones legislativas de octubre de 1982. Entonces FN evitó pactar con el partido liderado por Tejero, Solidaridad Española [SE] para no ser asociado al 23-F. Ciertamente, la ultraderecha hegemónica apostó por el golpe militar, pero evitó asociarse públicamente con sus protagonistas.

Si para concluir volvemos a la pregunta que este trabajo pretende responder —¿hubo una estrategia de la tensión en la España de la Transición?— se impone una respuesta negativa por tres motivos. *En primer lugar, porque la prensa y los líderes de la ultraderecha crearon un clima de opinión favorable a un golpe de Estado, pero su violencia lo obstaculizó al neutralizar el impacto de la ejercida desde la ultraizquierda.* A ello se sumó otro problema: ni Fuerza Nueva quiso implicarse en un golpe castrense, ni los militares complotados recabaron apoyos civiles. Poco margen hubo en España, pues, para una estrategia de la tensión. Todo indica que en realidad hubo un *ruido de sables* permanente que sintonizó con un vistoso «golpismo de papel» de ultraderecha que hizo creíble la existencia de tal estrategia para una oposición presta a denunciar conspiraciones involucionistas.

En segundo lugar, porque el terrorismo de la extrema derecha careció de táctica y estrategia y —a tenor de lo expuesto— cabe preguntarse hasta qué punto fue autónomo en algunos casos, como parece desprenderse del examen de los dos supuestos crímenes de la Triple A en enero de 1977. Sin afán exculpatorio alguno y tomando todas las reservas necesarias ante testimonios partidistas, consideramos que no se puede continuar sosteniendo que hubo una estrategia de la tensión promovida por la violencia de la extrema derecha. El terrorismo de este espacio político pareció actuar a remolque de los he-

chos, en flagrante contradicción con sus metas y con una autonomía que plantea interrogantes sobre eventuales instigadores ajenos a este ámbito político.

En tercer y último lugar, porque se impone una revisión del propio concepto de «estrategia de la tensión», pues aunque éste aparece claro sobre el papel, los hechos no ratifican su existencia. En general, aludir a la existencia de esta estrategia permite ofrecer un cajón de sastre para explicar numerosos episodios de violencia acaecidos en la Europa de la época. Ello permite pasar página de episodios terroristas que merecerían, cuando menos, una revisión detallada al tener un efecto muy distinto al que se les atribuye, ya que *muchas acciones terroristas de los años setenta e inicios de los ochenta no favorecieron golpes de Estado o soluciones autoritarias, sino que reafirmaron equilibrios político existentes.* Lo ejemplifican, por ejemplo, el secuestro y asesinato de Aldo Moro en Italia en 1978, que supuso una clara inflexión en el «compromiso histórico» que debía facilitar el acceso de los comunistas al gobierno,⁷⁴ a la par que conllevó el fin de las propias Brigadas Rojas que lo asesinaron.⁷⁵ Por su parte, desde el neofascismo italiano también se reconoció el efecto políticamente estabilizador que tuvo su violencia.⁷⁶ Asimismo, la actuación simultánea en Bélgica de las *Cellules Communistes Combattantes* [CCC] —que cometieron diversos atentados entre 1984 y 1985— y los *tueurs fous* de Brabante —un grupo criminal que entre 1982 y 1985 asesinó 28 personas en supermercados sin conocerse jamás sus móviles ni identidad— habría reforzado los aparatos de seguridad del país en lugar de desestabilizarlo.⁷⁷

En este aspecto, el politólogo David Moss ha señalado que «el principal efecto del terrorismo sobre el sistema político ha sido un efecto de estabilización de los equilibrios preexistentes. Y ello no constituye un dato menor del problema».⁷⁸ En definitiva, la supuesta existencia de una estrategia de la tensión en España —algo que parece mucho más que dudoso— requiere una revisión profunda para calibrar si el impacto

real de su violencia política no fue el de «estabilizar desestabilizando».

NOTAS

- Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación “El franquismo en Cataluña: institucionalización del régimen y organización de la oposición (1938-1979) (2)”, MICINN-Plan Nacional de I+D (ref. HAR2009-10979, subprograma HIST).
- Sobre los numerosos atentados de la Transición (más de 500 atentados con 433 víctimas), véase según PIÑUEL RAIGADA, José Luis, *El terrorismo en la Transición española*, Fundamentos, Madrid, 1986 y el de víctimas de la sección de estadísticas de la Fundación Víctimas del Terrorismo (www.fundacionvt.org, consultada en noviembre de 2007).
- SÁNCHEZ SOLER, Mariano, *Los hijos del 20-N. Historia violenta del fascismo español*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 19-20. Véase también los artículos sin firmar «La Internacional negra», *Mundo*, n.º 1895 (16/X/1976) y n.º 1896 (23/X/1976), s. n.; PÉREZ GALDÓS, Federico [pseudónimo], *Extrema derecha S.A. Nombres, conexiones y finanzas*, Dossiers monográficos, 8, s. p. i., s. a.
- Es ilustrativa al respecto la relación de siglas de ultraderecha de COSTA, Carles S., *Diccionario del terrorismo*, Barcelona, Dopesa, 1977. Sobre la confusión de siglas, véase también CADENA Ernesto [pseudónimo de Ernesto Milá], *La ofensiva neofascista*, Barcelona, Acervo, 1978, pp. 302-314.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, CSIC, 1994, pp. 270-271. Sobre la estrategia de la tensión en Italia, véase la síntesis de este historiador, «Las tramas negras del terrorismo neofascista» en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (ed.), *Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 207-246. Sobre la historia de la propia estrategia de la tensión y sus mitos, véase CASALS MESEGUER, Xavier, *La tentación neofascista en España*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pp. 171-199.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 464.
- Véase, por ejemplo, JABARDO MONTERO, Rosario, «La extrema derecha española, 1976-1996: estrategias de movilización y estructura de la oportunidad política», *Sistema*, 135 (noviembre 1996), pp. 113-116.
- GALLEGO Ferran, *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Editorial Síntesis, Madrid, 2006, p. 145.
- Véase RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, ob. cit., pp. 251-293; CASALS Xavier, ob. cit., p. 54; GALLEGO, Ferran, ob. cit., especialmente p. 143.

- ¹⁰ SÁENZ DE YNESTRILLAS, Ricardo, *Ynestrillas. Crónica de un hombre libre*, Madrid, Sepha, 2006, p. 36.
- ¹⁰ CRESPO, Juanma, *Memorias de un ultra. La historia secreta de la extrema derecha española*, Madrid, Temas de Hoy, 2006, p. 109.
- ¹² Desde el ámbito de FN, véase CRESPO, Juanma, ob. cit., pp. 19-23; SÁENZ DE YNESTRILLAS, Ricardo, ob. cit., p. 41; COLECTIVO FLAMEL, *Fuerza Nueva. Vida y muerte de un partido*, Barcelona, Ediciones Alternativa, 1985, s. n.; FERNÁNDEZ-VILLAMEA, Luis, *Fuerza Nueva en la retina. Biografía gráfica de un movimiento político*, Madrid, Fuerza Nueva, 2006, p. 205.
- ¹³ COLECTIVO AMANECER, *Patria-Justicia-Revolución. La historia del Frente de la Juventud en sus documentos y propaganda*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2005, p. 17. Sobre la violencia del entorno de FN, véase SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., pp. 205-242; PIÑAR, Blas, *Por España entera. Escrito para la Historia (2)*, Madrid, Fuerza Nueva Editorial, pp. 375-470.
- ¹⁴ Véase CASALS MESEGUER, Xavier, *Ultracatalunya. L'extrema dreta a Catalunya: de l'emergència del búnker al rebuig de les mesquites (1966-2006)*, Barcelona, 2007, L'esfera dels llibres, pp. 2229-236. DE ARMAS, Valentín [pseudónimo], *Cuando vestíamos de negro 1973-1981*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2008, pp. 115-131.
- ¹⁵ Véase «Las declaraciones de dos 'ultras' acusan al comisario Conesa de haber armado a un comando nazi para luchar contra ETA», *El País* (17/III/1984).
- ¹⁶ MARTÍN VILLA, Rodolfo, *Al servicio del Estado*, Barcelona, Planeta, 4.ª ed. 1985 (1.ª 1984), p. 160.
- ¹⁷ Cuestionario contestado por José Miguel Ortí Bordás al autor (28/VIII/2009).
- ¹⁸ CARCEDO, Diego, *Sáenz de Santa María. El general que cambió de bando*, Madrid, Temas de hoy, 2003, pp. 144-145.
- ¹⁹ SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., pp. 218-222.
- ²⁰ Véase «Las últimas víctimas del movimiento estudiantil», *Tiempo* (13/III/1989), pp. 62-69. «Tramas negras, ni pena ni olvido», *El País* (30/X/1988).
- ²¹ PIÑAR, Blas, ob. cit., p. 423.
- ²² CARCEDO, Diego, ob. cit., p. 237.
- ²³ COLECTIVO FLAMEL, ob. cit., s/n.
- ²⁴ SAN MARTÍN, José Ignacio, *Servicio especial. A las órdenes de Carrero Blanco (de Castellana a El Aaiún)*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 21-23. Véase un resumen de su trayectoria en *Apuntes de un condenado por el 23-F*, Madrid, Espasa, 2005.
- ²⁵ MEDINA, Francisco, *Las sombras del poder. Los secretos del CESID*, Madrid, Espasa, 1996, p. 25.
- ²⁶ Véase CASALS MESEGUER, Xavier, *Neonazis en España: De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)*, Barcelona, Grijalbo, 1995, pp. 97-116; Valentín de Armas, ob. cit., pp. 67-76.
- ²⁷ Cuestionario contestado por Blas Piñar al autor (29/V/1997).
- ²⁸ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Reaccionarios*, ob. cit., p. 112.
- ²⁹ CLEMENTE, Josep Carles, *El carlismo en la España de Franco. Bases documentales 1936-1977*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1994, p. 103. Los datos sobre Sixto-Enrique proceden de la obra anónima editada en 1977 por el PC sobre los hechos de Montejurra, reeditada en 1996: *Informe Montejurra 76/96*, s. p. i., Bayona, 2.ª ed. 1996 (1.ª ed. 1977), pp. 21-22; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *La extrema derecha española*, pp. 415-417 y 467-468; CADENA, Ernesto, ob. cit., p. 307; SATUÉ, Francisco J., *Los secretos de la Transición*, La Esfera, Madrid, 2005, pp. 206-222.
- ³⁰ CARCEDO, Diego, ob. cit., pp. 149-150.
- ³¹ CARCEDO, Diego, ob. cit., p. 151. No es inverosímil que Fraga conociera la operación: véase BARDAVÍO, Joaquín, *Crónica de la Transición*, Barcelona, Ediciones B, 2009, p. 220.
- ³² CARCEDO, Diego, ob. cit., p. 152.
- ³³ Cifras de FERNÁNDEZ, Carlos. *Los militares en la transición política*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, p. 88; el PC aseguraba contar aquel día con 25.000 seguidores y el gobierno civil de Navarra contabilizó 5.000 (SUÁREZ, J., «Los sangrientos sucesos de Montejurra'76», *Historia y Vida*, 338 (mayo 1996), p. 91).
- ³⁴ DE ARMAS, Valentín, ob. cit., p. 92.
- ³⁵ Véase al respecto el testimonio de un falangista que acudió a Montejurra en SATUÉ, Francisco J., ob. cit., pp. 215-221.
- ³⁶ SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., p. 179.
- ³⁷ CARCEDO, Diego, ob. cit., p. 154.
- ³⁸ Véase una crónica detallada de los acontecimientos en PREGO, Victoria, *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, pp. 585-641.
- ³⁹ PREGO, Victoria, ob. cit., p. 628.
- ⁴⁰ BARDAVÍO, Joaquín, *Sábado Santo rojo*, Madrid, Ediciones Uve, 1980, p. 200.
- ⁴¹ Véase, por ejemplo, un supuesto testimonio de la Triple A en «Triple A: «No tenemos dónde caernos muertos», *Interviú*, 63 (28/VII-3/VIII/1977), pp. 26-29. Sobre la visión más extendida de esta organización aquel año: COSTA, Carles S., ob. cit., p. 8; «Los AAAsesinos», *Interviú*, 38 (3-9/II/1977), p. 71.
- ⁴² SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., p. 191.
- ⁴³ Declaraciones efectuadas al programa televisivo *Confesiones* (23/II/1997). Véase también «Yo no maté a Arturo Ruiz», *Interviú*, 108 (8-14/VI/1978), pp. 68-70.
- ⁴⁴ Véase «El dirigente ultraderechista Ángel Sierra declaró ante el juez», *El País* (1/XI/1977); «El presunto asesino de Arturo Ruiz, al parecer, también estuvo en Montejurra», *El País* (16/III/1977).
- ⁴⁵ Sobre la peripecia española de Della Chiaie, véase CHRISTIE, Stuart, *Stefano delle Chiaie. Portrait of a black terrorist*, Londres, Anarchy Magazine/Refract Publications, 1984, pp. 71-80.
- ⁴⁶ MILÁ, Ernesto, «Ultramemorias (V de X) Tipologías insólitas. El camarada chivato (1.ª Parte)», consultado en <http://infokrisis.blogia.com/2009/052801-ultramemorias-v-de-x-tipologias-insolitas.-elcamarada-chivato-l-parte-.php> (consultada en julio de 2009).

EXPEDIENTE

- ⁴⁷ Sobre los exiliados italianos en España y las acciones que se les ha imputado, así como los desmentidos sobre las mismas efectuados por Della Chiaie y Milá, véase SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., pp. 157-203 y 296-308; MIRALLES Melchor y ARQUÉS Ricardo, *Amedo. El Estado contra ETA*, Madrid, Plaza & Janés/Cambio 16, 1989 [3.ª ed.], pp. 121-135.
- ⁴⁸ «Los asesinos de Atocha eran inmaduros, fanáticos, paranoicos y psicópatas», *Tiempo* (27/II/1989), p. 58. Sobre los hechos de Atocha, dos décadas después, «Días de sangre y sueños», *El País* (5/V/1996); «La matanza que estremeció la Transición», *El País* (24/II/1997); «La semana negra de la transición», *La Vanguardia* (26/II/1997); «Sangre de libertad», *El Periódico* (20-26/II/1997).
- ⁴⁹ Información de «Atocha, l'altre GAL», *Avui* (24/II/1997).
- ⁵⁰ Entrevista a Blas Piñar, «En 1982 FN tenía una deuda de 228 millones. Hoy no debemos ya ni una peseta», *Fuerza Nueva*, 934 (14-28/III/1987), p. 11.
- ⁵¹ «Suárez me libró de la cárcel», *Tiempo* (13/III/1989), p. 85.
- ⁵² Véase ORTÍ BORDÁS, José Miguel, *La Transición desde dentro*, Barcelona, Planeta, 2009, p. 292.
- ⁵³ MILÁ, Ernesto, «Ultramemorias (V de X) Tipologías insólitas. El camarada chivato (1.ª Parte)», ob. cit.
- ⁵⁴ «Della Chiaie: «La matanza de Atocha fue instigada por el policía 'Billy el Niño'», *El Independiente* (26/XI/1990).
- ⁵⁵ Cuestionario contestado por José Miguel Ortí Bordás al autor (28/VIII/2009).
- ⁵⁶ GALLEGO, Ferran, *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 537.
- ⁵⁷ Véase el enojo que ello causó en el ministerio de Interior en ORTÍ BORDÁS, José Miguel, *La Transición desde dentro*, pp. 335-336.
- ⁵⁸ MOA, Pío. *De un tiempo y de un país. La izquierda violenta (1968-1975)*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2002 [1.ª ed. 1982], p. 267.
- ⁵⁹ Sobre el FNJ y el FJ, véase los análisis de RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Reaccionarios y golpistas*, pp. 222-229; CASALS MESEGUER, Xavier, *La tentación neofascista en España*, pp. 134-139; GALLEGO Ferran, *Una patria imaginaria*, pp. 175-195. Véase igualmente las siguientes obras de sus ex militantes: MILÁ, Ernesto, *El Frente Nacional de la Juventud en su historia y sus documentos. Un nuevo estilo en las fuerzas nacionales*, Barcelona, Ediciones Alternativa, 1985; COLECTIVO AMANECER, *Frente Nacional de la Juventud*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2009; COLECTIVO AMANECER, *Patria-Justicia-Revolución*, obra ya citada.
- ⁶⁰ COLECTIVO AMANECER, *Frente Nacional de la Juventud*, ob. cit., p. 109.
- ⁶¹ Colectivo Flamel, ob. cit., s/n.
- ⁶² Entrevista a Ernesto Milá en Colectivo Flamel, ob. cit., s/n.
- ⁶³ MILÁ, Ernesto, *El Frente Nacional de la Juventud en su historia y sus documentos. Un nuevo estilo en las fuerzas nacionales*, Ediciones Alternativa, Barcelona, 1985, p. 25.
- ⁶⁴ COLECTIVO AMANECER, *Patria-Justicia-Revolución*, pp. 22-23.
- ⁶⁵ COLECTIVO AMANECER, *Frente Nacional de la Juventud*, p. 15.
- ⁶⁶ «Las declaraciones de dos «ultras» acusan al comisario Conesa de haber armado a un comando nazi para luchar contra ETA», *El País* (17/III/1984).
- ⁶⁷ Sobre el pretendido «crimen de Estado», véase COLECTIVO AMANECER, *Patria-Justicia-Revolución*, pp. 215-219 y 255-260; SÁENZ DE YNESTRILLAS, Ricardo, ob. cit., pp. 37-39; SÁNCHEZ SOLER, Mariano, ob. cit., pp. 257-259.
- ⁶⁸ Véase el testimonio de Milá y un análisis de la presunta implicación del FJ en CASALS Xavier, *La tentación neofascista*, pp. 225-236.
- ⁶⁹ MEDINA, Francisco, *23-F: la verdad*, Barcelona, Plaza & Janés, 2006, apunta que es verosímil la trama civil del FJ y recoge el testimonio de Milá, pero no lo investiga, pp. 255-256.
- ⁷⁰ Recabamos infructuosamente el testimonio de Antonio Tejero mediante una carta enviada a través de Fuerza Nueva Editorial (5/V/1997). Javier Cercas, en su reciente revisión del 23-F, constata la compra de uniformes y vehículos sin reflexionar sobre ello. Véase CERCAS, Javier, *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009, p. 278.
- ⁷¹ Cuestionario contestado por Blas Piñar al autor (29/V/1997).
- ⁷² COLECTIVO AMANECER, *Patria-Justicia-Revolución*, p. 20.
- ⁷³ Paradójicamente la ultraderecha insistió en evidenciar el flagelo terrorista de la Transición en su crítica al sistema: véase Equipo «D», *1973-1983. La década del terror (datos para una causa general)*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1984.
- ⁷⁴ Las obras sobre el tema son extensas. Para nuestro análisis, véase GALLI, Giorgio, *Affari di Stato. L'Italia sotterranea 1943-1990: storia politica, partiti, corruzione, misteri, scandali*, Milán, Kaos Edizioni, 1991 [2.ª versión], pp. 213-222; *Il partito armato. Gli «anni di piombo» in Italia 1968-1986*, Milán, Kaos Edizioni, 1993 [1.ª ed. 1986], pp. 179-214.
- ⁷⁵ SCIALOJA Mario, *Renato Curcio a cara descubierta*, Tafalla, Txalaparta, 1994, pp. 161-163.
- ⁷⁶ Véase VINCIGUERRA, Vincenzo, *Esgastolo per la libertà Verso la verità sulla strategia della tensione*, Florencia, Arnaud editore, 1989. Véase también COGLITORE, Mario; SCARSO, Sandro, *La notte dei gladiatori. Omissioni e silenzi della Repubblica*, Pádua, s.p.i., 1992, pp. 46-95.
- ⁷⁷ Véase VANDER VELPEN, Jos, *Les CCC. L'État et le terrorisme*, Bruselas, EPO, 1988, especialmente pp. 111-127; DUPONT, Gilbert; PONSASERS, Paul, *Les tueurs fous du Brabant Wallon*, Mesnil-sur-l'Estrés, Éditions Gérard de Villiers, 1989 [1.ª ed. 1988], pp. 240-241.
- ⁷⁸ Citado por DURANTON CRABOL, Anne-Marie, *L'Europe de l'extrême droite. De 1945 à nos jours*, Bruselas, Éditions Complexe, 1991, p. 113.